FA
.2340

APOLINAR TEJERA.

MI HOMENAJE

A

COLÓN,

(1855-1922)

EN EL CUARTO CENTENARIO

-DEL-

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

✦ 12 DE OCTUBRE ✦

1492. - 1892.

COLECCION
"MARTINEZ BOGO"
SANTO DOMINGO

Imprenta "Cuna de América" J. R. Roques

1892.

APOLINAR TEJERA.

FA
2340

MI HOMENAJE

Á

COLÓN,

EN EL CUARTO CENTENARIO

- DEL -

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

✦ 12 DE OCTUBRE ✦

1492. - 1892.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, REP. DOMINICANA

SANTO DOMINGO.

Imprenta "Cuna de América" J. R. Roques.

1892.

OLVS-BIBLIOTECA NACIONAL-
SANTO DOMINGO, R. D.

BN
923.9
C719T

MI HOMENAJE Á COLÓN.

I.

Divina inspiración! ¡Numen fecundo!
Tu soplo abrasador bañe mi frente,
Y agite de mi ser lo mas profundo,
Desatando mi lengua en elocuente
Verbo que se derrame por el mundo
Y del noble ligur la gloria cuente.
El labio mueva, y concertado rompa,
En sacro verso la argentina trompa!

Compra Martinez Boog-7-4-72
Reg.º N- 009258
BNPHU

II.

¡Cantar quiero al intrépido marino
Descubridor de un mundo! Al nauta osado,
Que de otras tierras señaló el camino,
De todos hasta entonces ignorado,
Al hombre que luchó contra el destino,
Y al fin supo vencerlo denodado;
Al gran Colón, á quien la edad presente,
Culto le rinde con amor ardiente!

III.

Mirad, mirad! Gallardas carabelas
Que el mar columpia, como frágil caña
La brisa errante, al viento dan las velas,
Dejando el suelo de la invicta España.
Manso favonio que entre flores vuelas,
A los que van en pos de senda estraña,
Lleva un recuerdo de sus patrios lares,
Que mitigue sus cuitas y pesares!

IV.

La tarde cae serena. Enrojecidos
A los rayos de Febo moribundo;
Arden los altos cielos, suspendidos
Como un palio de grana sobre el mundo.
Los buques por las olas sacudidos,
Crujen cual mónstruos, con dolor profundo.
La niebla avanza, y tras lejana loma,
Fúlgida estrella titilante asoma.

V.

La verde cumbre de nativa sierra,
Busca con vivo afán el marinero,
Que al alejarse de su amada tierra,
Exhala hondo suspiro lastimero,
Y su oprimido corazón aterra
De otras playas ignotas el sendero;
Y una plegaria, como incienso sube
Del triste pecho, en ondulante nube.

VI.

La hermosa cabellera descogida,
Ya desciende la noche, lentamente;
Y á su grato sopor adormecida,
Sosiega Tetis su furor hirviente.
En plácido reposo embebecida
Descansa la Natura: en el oriente
Véspero riela; el cielo se ilumina,
Y de Endimión en pos Diana camina.

VII.

Cuando las sombras su funéreo manto
Despliegan por la atmósfera azulada,
Un misterioso é indecible encanto
Se comunica al alma desolada
Que se retuerce entre mortal quebranto,
Sin luz y sin amor, desesperada;
Un bálsamo de paz y de ventura,
Ofrécenle al mortal en su amargura.

VIII.

Bella es la noche: su silencio grave;
Es mar de fuego el infinito espacio;
No murmura la fuente; calla el ave;
Y la luna en su carro de topacio
Pasea tranquila, iluminando suave,
El monte, el llano, la choza y el palacio.
Todo yace en silencio sumergido
Cual de la muerte en el imperio hundido.

IX.

¡Cuán plácida es entonces tu tristeza!
¡Cuán majestuosa tu profunda calma!
¡Y cómo tu quietud, Naturaleza,
Grato solaz le comunica al alma,
Templando de sus males la fiereza!
Cómo de amor la deleitosa palma,
Brindas á los felices corazones
Que alientan juveniles ilusiones!

X.

¡Ven augusta Deidad, blanda y serena,
Que el orbe cubres de negror y duelo!
Tú mitigas del pobre la honda pena,
Y al infeliz que gime, das consuelo;
Tu dulce copa, de beleño llena,
Guste el marino que dejó su suelo,
Y va cruzando procelosos mares
Cercado de peligros á millares.

XI.

La altiva cresta de gentil montaña,
Que sombra da al solar del marinero,
Y con dorados resplandores baña
La suave luz del matinal lucero,
Muy lejos ya de su querida España,
No verá mas el infeliz nauclero;
Sino el éter y el Ponto tenebroso
Que atraviesa aflijido y temeroso.

XII.

¡Y tú, Estrella del Mar, radiante y pura,
Del mortal miserando recta guia;
Reina y Señora de la excelsa altura,
Santa Madre de Dios, Virgen Maria!
Claro fanal en triste noche oscura,
Puerto seguro en tempestad bravía,
La egída sé del pobre navegante
Perdido en medio al dilatado Atlante.

XIII.

¿Y dó van esas naos empavesadas
Luciendo sus flotantes banderolas?
¿Por qué en lejanas mares ignoradas
Afrontan el furor de altivas olas?
Hado terrible, de sirtes rodeadas,
Rotas las quillas, sin entenas, solas,
Aciago y pavoroso les augura
Siniestra y horrorosa sepultura.

XIV.

Mas no te arredres, no; sigue adelante,
Ilustre genovés, grande argonauta:
No le temas al mar; avante, avante:
Valor, constancia y fe fueron tu pauta.
Yendo de trono en trono mendigante:
Prosigue tu camino, invicto nauta,
Aunque te llamen loco y visionario
Con iracundo acento tumultuario.

XV.

¿Qué importa que la chusma enfurecida
No quiera proseguir? No vuelvas prora
A hispano puerto: mira allá escondida
Entre celajes que la luz colora,
Y al beso de las ondas adormida,
Risueña y verde playa salvadora.
Esa turba soez cuanto insolente,
Te adorará mañana reverente.

XVI.

Mañana, sí, mañana cuando hermosa,
Ceñida de verdor y lozanía,
Le muestres á esa gente codiciosa,
La tierra que soñó tu fantasía,
Surgiendo pura de la mar undosa,
A los fulgores del naciente día;
Y la enseña potente de Castilla
Alzes triunfante en la plateada orilla.

XVII.

No importa que en hirviente catarata,
Abrase el cielo con furor insano:
Si el vendabal sus ímpetus desata,
Y su cerúleo dorso el oceáno
Levanta en olas de espumante plata;
El genio siempre es grande y soberano!
Y él triunfará de tempestad furente,
Y de la altiva y rebelada gente!

XVIII.

No importa que de escollos erizado
Atlante muestre su insondable seno
Por estivales vientos agitado,
Y en la región del aire ruja el trueno,
Si Colón impasible é inspirado
Dirígese al Poniente, de fe lleno:
Tras de tanto luchar, verá cumplida
De sus delirios la visión querida.

XIX.

Mas no teme el ligur creyente y sabio
Que al océano confióse en frágil pino;
Consulta á cada instante el astrolabio,
Y sereno prosigue su camino
La turba adoctrinando, sin agravio;
Y como surca el mar mónstruo marino,
Las olas corta la veloz flotilla
Luciendo el estandarte de Castilla.

XX.

Cual níveos cisnes de lucientes plumas
Jugueteando en las ondas azuladas,
Rizan las naos blanquísimas espumas
Por los vientos alígeros llevadas
A las que ocaso oculta entre sus brumas
Bellas regiones, ricas é ignoradas,
Do la Natura osténtase hechicera,
Donde reina constante Primavera.

XXI.

Y avanzan mas y mas; el oceáno
Brama y se encrespa y su furor enciende
Tremante tabla, que gobierna ufano
Piloto sin rival: la prora tiende
Hácia el precioso y escondido arcano
Que entre sus ondas ocultar pretende:
Y á su vista arrobada, centelleante,
Alzarse mira un mundo el Almirante!

XII.

Al fin de su constancia y alto intento
El galardón encuentra primoroso;
Y el ave, el cielo, el adormido viento,
El cristalino arroyo rumoroso
Celebran de Colón el gran portento.
Hosanna, entona, el genovés gozoso,
Y la tierra besando reverente,
Bendice á Dios con actitud ferviente.

XXIII.

Y ve las frescas márgenes bordadas
De caprichosas y fragantes flores,
Y las vírgenes selvas arrulladas
Por canoros y alegres ruiseñores;
Los valles y torrentes y cascadas,
Y los sonantes pinos cimbradores,
La deliciosa, plácida marina
Besada por el agua zafirina.

XXIV.

Y exaltan su risueña fantasía
El insecto que zumba en el boscaje,
Los recios tumbos de la mar bravía,
De las pintadas aves el plumaje,
El bello amanecer del claro día,
De la pampa el monótono paisaje,
Otro cielo, otros hombres, otro ambiente,
Y la noche del trópico fulgente.

XXV.

Florestas siempre verdes, frescos prados,
Mansas corrientes, pintorescas lomas,
Amenos valles, vientos sosegados,
Tiernas calandrias, lánguidas palomas,
Y montes de verdura coronados,
Melosas piñas y doradas pomas,
Y un sol de fuego que el espacio inflama,
En el calor de su encendida llama.

SANTO DOMINGO, R. D. BIBLIOTECA NACIONAL

XXVI.

Cataratas soberbias y rugientes,
Rios que son mares, anchos é impetuosos,
Soledades inmensas é imponentes,
Ignívomos volcanes majestuosos,
Y plata, y oro, y perlas relucientes,
Lindos topacios y rubíes preciosos,
Que Dios el nuevo mundo bendijera,
Favores prodigando por doquiera.

XXVII.

Cubierto con el velo de sus frondas
Su pan regala próvido el banano,
Y el tupido maizal de espigas blondas
Cuaja en mazorcas el sabroso grano:
Cual limpio lago de tranquilas ondas
La vega tiende su tapiz galano,
Y descogiendo su gentil plumero
En las nubes se yergue el cocotero.

XXVIII.

Tejen las lianas su verdosa malla
Entre el ramaje de la selva umbría,
Y encuentra impenetrable y densa valla
Hasta la misma luz del almo día;
Alza la ceiba su gigante talla,
Que parasítas en el tronco cría;
Y cada planta que lozana crece
Ricos presentes orgullosa ofrece.

XXIX.

Con purísimos goces á millares,
Convida su regazo adormecido,
Bajo el fresco dosel de sus palmares;
Y yace el hombre ante el placer rendido,
Al rumor de las brisas y los mares,
Como en sueño letárgico sumido;
Y del amor en los ardientes brazos,
Anuda el corazón los dulces lazos.

XXX.

De frutos cubre Ceres sus campañas
Donde susurra el ondulante viento;
Vegeta agreste el pino en sus montañas;
Es de sus rios auríffero el asiento;
Llevan copiosos bienes sus entrañas;
Y todo es dicha y sin igual contento:
Que Dios bendijo el nuevo continente,
Con mano liberal y providente.

XXXI.

Incauto brinda sus preciados dones
A la turba malvada y ambiciosa
Que en busca de las índicas regiones,
Halló una raza bella y numerosa,
Ignorada de reyes y naciones,
Envuelta en larga noche tenebrosa.
¡Raza infeliz!.... en mísera agonía,
Doblará el cuello á la segur impía.

XXXII.

Presto sus campos rientes y floridos,
Mansión felice de genial encanto,
Por el hispano arrojo sometidos,
Verterán con dolor mísero llanto
En teatro de horrores convertidos;
Cubiertos de la muerte con el manto,
Desde las playas que el Atlante azota,
Hasta la zona gélida y remota.

XXXIII.

Y el arroyo que riega la llanura,
Y la grama que alfombra la pradera,
Y la bestia que ruge en la espesura
De la honda selva; el ave, la palmera,
Y la luna que pálida fulgura
En el azul brillante de la esfera,
Serán testigos mudos ¡ay! de escenas
De sangre y duelo, de ignominia llenas.

XXXIV.

¡En el nombre de un Dios manso y clemente
Cuánta maldad se cometió doquiera!
¡Y en el nombre de un Dios, que irreverente,
Grabara el fanatismo en su bandera,
A inicua servidumbre, la insolente
Codicia, al quisqueyano redujera;
¡Y en el nombre de un Dios, la atroz cuchilla,
Taló de la india estirpe la semilla!

XXXV.

¿Cómo tu cetro ilustre, salpicado
Por lodo vil, empuñas, noble España;
Y cuál turbio torrente desbordado
Que tronando bajó de la montaña,
El mundo mira atónito y pasmado
De tus legiones la insaciable saña,
Que el brazo mueve á furibunda guerra
Y con crímenes mil al orbe aterra?

XXXVI.

Porque terrible y cruel el ciego hispano
Su sed de oro apaciguar no pudo;
Y en el delirio de su ardor tirano,
Henchido el pecho de coraje rudo
¿Qué no violó con insolente mano?
¿Qué no ultrajara su feral escudo?
¿Dónde su planta, que al terror provoca,
No tala al punto cuanto aleve toca?

XXXVII.

¿Pero acaso podrá mi musa fría
Decir de la conquista los rigores;
Y teñida la inquieta fantasía
De siniestros y lúgubres colores,
El duelo retratar y la agonía
De la indígena raza y sus dolores?
Es inútil mi afán: á estrago tanto,
No puede mi arpa consagrar un canto!

XXXVIII.

¿Y acaso de Colón decir me es dado
Cuánto sufrió por completar el mundo?
¿Cómo fué por las gentes motejado?
¿Cómo el destino lo trató iracundo?
¿Cómo por doctos necios condenado
Fué su proyecto colosal, profundo?
A tanta abnegación, á esfuerzo tanto,
No puede mi arpa consagrar un canto!

XXXIX.

Perdóname, perdona mi osadía,
Porque me atrevo á connotar tus glorias,
Al son ingrato de la lira mía,
Y tus constantes lides y victorias.
Es preciso de Homero la harmonía,
Para evocar del genio las memorias:
Para ensalzar, Colón, la grande hazaña,
Que tu llevaste á cabo con la España!

XL.

Perdóna si tu fama he mancillado:
Y en el lenguaje del divino Apolo
Tu nombre y tu grandeza discantado.
Tu nombre que del uno al otro polo,
Es por el orbe todo venerado;
A tí que en cada pueblo un mauseolo
Te levantan los hombres; monumentos
Que proclaman tus triunfos y portentos.

XLI.

Y cual astro sereno y esplendente,
Fulguras en el cielo de la Historia,
Al lado de Isabel, que reverente,
Saluda el mundo por su limpia gloria.
Princesa sin igual, grande y clemente,
Te dió la mano: su feliz memoria,
No morirá jamás; su lauro bello,
Lleva de la virtud el sacro sello.

XLII.

Y llegó de su trono á las alturas,
A pesar de la ciencia vanidosa,
Tu voz entre desdenes y amarguras,
Escuchándola afable y cariñosa:
De sus joyas y ricas vestiduras
Ofreció despojarse generosa;
Y merced á su amparo, audaz piloto
Arrancó su secreto al mar ignoto.

XLIII.

Tú sufriste, Colón, de ruin pandilla,
Escoria y fango de la egregia España,
Las brutales pasiones: Bobadilla
De hierros te cargó con feroz saña.
¡Menguada y baja acción que de mancilla,
Su frente cubre y para siempre empaña!
Un mundo descubristes, y otro hombre,
Mas dichoso que tu dióle su nombre.

XLIV.

Contigo siempre adverso fué el destino:
La envidia y la calumnia, tus victorias
Menoscabar quisieron de contino;
Vanas fueron tus dichas é ilusorias,
Que sufrir solamente fué tu sino;
Eternas como el tiempo son tus glorias,
Mas del dolor tus labios ¡cuántas veces
No apuraron la copa hasta las heces!

XLV.

¡Asombra su constancia! ¡Su fé admira!
Oscuro y pobre á Portugal se atreve,
El plan comunicar con que delira;
Pero ambiciosa Lusitania, aleve,
Su palma eterna arrebatarle aspira.
Hácia Génova el paso luego mueve;
Mas en su patria sólo encuentra abrojos,
Y torna á España, mísero, los ojos.

XLVI.

Allí confusa y torpe vocería
Levántase doquier y el aire llena:
Pero Colón en su tenaz porfía
Si bien herido el corazón de pena,
En la noble Isabel tan sólo fía,
Que siempre es grande la mujer y buena
Triunfa su anhelo al fin, y al Occidente,
Pone la prora intrépido y creyente.

XLVII.

Y en premio de su afán, puro y radiante,
Como al salir de la creadora mano,
Encuentra un mundo nuevo el Almirante.
Y á los piés de Isabel, de gloria ufano,
Cual rico y preciosísimo diamante,
Lleva el presente de ese mundo arcano.
Y entonce Iberia su poder proclama
De polo á polo en alas de la fama.

XLVIII.

De Méjico el imperio floreciente,
De los Incas el trono esplendoroso,
De Caonabo magnánimo y valiente,
La tierra que el Caribe baña undoso,
Del Mar del Sur que se dilata hirviente,
Hasta Atlante terrible y proceloso,
Al regio carro de Castilla uncidos
Verán muchas edades sometidos.

XLIX.

Porque del sol que en el cenit fulgura,
Y en el piélago azul las crenchas baña,
Y al asomar en la celeste altura,
Tiñe con aurea lumbre la montaña,
Jamás la luz vivificante y pura,
Ponífase en los dominios de la España.
Que un día de su grandeza el roto manto
Hundido vió en el polvo con espanto.

L.

Mas de tanta riqueza y poderío
Colón no disfrutó, porque rastrera
La iniquidad lanzó su dardo impío
El corazón hiriéndole altanera,
Y del ligur el vigoroso brío
Logró rendir con pesadumbre fiera.
¡Noble existencia que el dolor tortura
Sin gozar un momento de ventura!

LI.

Y acabó al fin! Ni el genio esclarecido
De la terrible ley está esceptuado,
Que morir debe sí cuanto ha nacido,
Alto poder lo tiene decretado.
Y Colón por los años ya rendido,
Enfermo, sin apoyo, calumniado,
Sometióse al tributo inexorable,
En lecho triste, oscuro, miserable.

LII.

¿Y qué mucho muriese en la miser
Si adversa suerte lo trató con saña?
El los dominios ensanchó de Iberia
Y nueva Roma fué la insigne España;
Mas los magnates de la hidalga Hesperia,
Con él mostraron perversión tamaña,
Y el gran descubridor de un continente,
Tumba no tuvo digna ni aparente!

LIII.

¿Pero qué importa que con ceño airado
De Hispania el César siempre lo mirara;
Y qué un grupo tan vil como malvado
Su vida de continuo acibarara?
La Historia á sus verdugos ha execrado,
Y la justicia, aunque en la tierra rara,
Ha llenado de oprobio y maldiciones,
Tan ruines y menguados corazones.

LIV.

Todo fenece en este mundo vano:
Todo pasa cual sombra; el poderoso
Con su fortuna deleznable ufano
Se hunde en el polvo: su trono majestuoso,
Dejará por la tumba el soberano;
Todo lo cubre olvido pavoroso,
Mas de Colón la empresa gigantea,
Vivirá siempre mientra el orbe sea.

LV.

Y la España y la América, de hinojos,
Tejen del sabio la inmortal corona.
Y orgullosa venera sus despojos
La patria de la bella Anacaona,
Do fija el mundo con amor los ojos
Triunfando la verdad que los abona.
Y en cada pecho generoso vibra
Del entusiasmo la potente fibra.

LVI.

Y estremecido el orbe se agiganta,
Y en esforzada y sin igual porfía
De tu grandeza el pedestal levanta.
Y celebra ferviente el fausto día
Doce de Octubre! que saluda y canta
En transportes de mágica alegría.
Y de la ilustre etapa redentora
Hoy la cuarta centuria conmemora!

LVII.

Eterna gloria del linage humano;
Límpido sol que brillas dulcemente
Sin que eclipse tu luz el tiempo cano:
¡Mensajero del Dios Omnipotente
Que la insignia trajeras del cristiano
En alas de tu fe pura y ardiente!
Accepta el homenaje cariñoso
Que en tus aras ofrezco respetuoso....

LVIII.

¡Salve genio inmortal! Tu excelsa fama
Que sublima la musa de la Historia,
De la envidia jamás la torpe llama,
Podrá tornar en despreciable escoria.
En sacro fuego el corazón se inflama
Alto honor tributando á tu memoria:
Porque, osado, rasgastes el misterio
Que tuviera sepulto un hemisferio!

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA